

Política

Por [Daniel Rodríguez Herrera](#)



Bajo el ideal de libertad y la convicción de las limitaciones del ser humano, la base de todo sistema político debe ser el respeto a esa libertad individual y la garantía de la igualdad de todos ante la ley.

Más allá de este punto, el poder empieza a tornarse en abuso y en ruptura con estos principios básicos. ¿Cómo es posible hablar de libertad cuando cientos de regulaciones y leyes obstaculizan el más inocente de los propósitos? ¿Cómo es posible hablar de igualdad ante la ley cuando dependiendo de nuestro sexo, ingresos, lengua, trabajo, etc., los poderes públicos nos tratan de forma distinta?

Siendo conscientes de la necesidad de ceder parte de nuestra libertad para garantizar una convivencia pacífica y fructífera, el liberal cree en el monopolio de la violencia por parte del Estado, en unas leyes claras, sencillas y comprensibles, en un ejército capaz de defender las libertades de agresiones externas, en una justicia rápida y lo menos arbitraria posible y en las garantías para que todos los ciudadanos aptos dispongan de un mínimo de recursos que les permitan competir en la sociedad.

Tocqueville señalaba que gran parte de las personas se debatían entre la necesidad de libertad y la comodidad de ser dirigidos en sus vidas. Por eso muchos se conforman con elegir a sus esclavizadores cada cierto tiempo. Eso no es suficiente para un liberal. Un ser humano puede llegar a ser más libre sin elegir a sus líderes si se respetan sus derechos a la vida y a la propiedad que en una democracia donde sólo escoge el encargado de robarle el fruto de su trabajo. Sin embargo, un sistema así es difícil que sea perpetuo. O se dejan de respetar los derechos o se llega a la democracia.

Pero democracias existen muchas y no todas son liberales. Es necesario que los poderes sean controlados y reducidos para que no esclavicen a los ciudadanos. Aunque no hay sistema perfecto, pues las personas no son perfectas, hay algunos mecanismos que permiten reducir los problemas asociados al poder. De ellos, el más importante es la separación de poderes.

En un estado, los tres poderes que nos gobiernan son el legislativo, el ejecutivo y el judicial. Una democracia verdaderamente completa debe mantener estos poderes separados. Los representantes de cada uno de ellos deben ser elegidos por cauces distintos y la relación entre los mismos debe limitarse a funciones de control. Porque la concentración de dos o más poderes nos lleva a la tiranía, como bien señaló Montesquieu.

Pero, ¿puede una democracia, aún asentada sobre esas bases, realizar cualquier cosa que el pueblo vote mayoritariamente? Muchos piensan que sí, pero resulta evidente que, por ejemplo, una votación pidiendo el exterminio de los judíos no es admisible por mucho apoyo popular que le sustente. Por esta razón, debe existir una constitución, escrita o legada por la tradición, con los principios fundamentales de un pueblo que ninguna mayoría pueda destruir.